

# SUPLEMENTO DE EL BIEN PÚBLICO

Núm. 606

Mañón 6 de Diciembre de 1935

Año XI

## Empieza el frío...

Empieza el invierno rápidamente. Se acerca el frío... ¿Qué importa eso para ti ni para mí, que poseemos ropa de abrigo y casa confortable?

Ante la proximidad del frío se preparan los elementos necesarios para combatirlo. Y no hay que temerle; algunas molestias ocasionará, efectivamente, pero ya procuraremos que sean las menos posibles. La vida moderna, celosa, en lo que atañe al bienestar físico, ha ido allanando todas las dificultades presorviendo cuantos problemas se oponían a la conquista plena del «comfort» más refinado.

¡Qué gratas las veladas invernales junto al fuego, en el cálido seno del hogar, mientras el frío se enseñorea de calles y plazas!

No hay miedo de que penetre en el interior y destruya la deliciosa temperatura que disfrutamos. En tu casa ni en la mía, no penetrará.

Peró, ¿hallará la misma resistencia en los demás hogares?

¡Aquella casita desmantelada, donde no hubo dinero y no se pudo comer, y sus habitantes, amenazados de negra desesperación, se refugiaron en el duro lecho dispuestos a pasar la noche en perpetua lucha con las necesidades y la miseria! Ahí sí que penetra decidido el frío y se hace dueño y señor de todos sus reductos, metiéndose hasta las fibras más recónditas de los seres que la ocupan.

También azota el frío, despiadado y rencoroso, a los pobrecitos que no tienen hogar y aprietan su cuerpo aterido contra los quicios de las puertas.

¡Se acerca el frío!

¡Cuánta miseria y cuánto dolor trae! En Alemania se ha organizado oficialmente el «seccorro» de invierno. La aportación se realiza a base de sacrificios voluntarios.

Es necesario pensar en nuestros hermanos hambrientos, que padecerán hambre durante el verano y ahora padecerán también frío.

¡Qué grata es la tibia caricia de la ropa blanda y suave, cuando el cuerpo sufre los rigores de la baja temperatura! Existen personas, sin embargo, para las que está completamente vedado tal placer.

Junto a esa crueldad, nuestro desplazamiento en caprichos y cosas nimias, de las cuales puede prescindirse perfectamente.

¿Cuándo el egoísmo humano abandonará sus reductos y nos dejará ocuparnos de los demás?

Ante tu mesa bien provista, piensa en la de aquellos que comen mal, cuando tienen algo que comer.

Ante tu hogar templado, recuerda el hogar inhóspito de los que sólo encuentran en él desolación y frío, si es que no están completamente faltos de techo donde refugiarse.

Ante tu lecho confortable, no olvides el abandono de los que responden al cansancio y al sueño con una lucha encarnizada y tenaz a costa de las pobres reservas de su organismo, para evitar el entumecimiento y la muerte, por que les falta una manta que los cobije...

Y esto, que ni tú ni yo lo sufrimos, hay muchas personas que lo padecen...

Empieza el frío...

¡Cuántas tragedias pueden evitarse acudiendo a tiempo con el remedio!

¡Un poquito de caridad para nuestros hermanos los menesterosos!

PAQUITA MONTILLA

(De «Elías»)

**T. B. O.**  
SEMANARIO INFANTIL  
Ocho páginas de amena lectura con profusión de grabados.  
Historietas — Cuentos — Chascarrillos.  
Precio: 0'10 pesetas.  
Vendese en Mañón en la Librería de Manuel Sintes Rotger, Plaza de Pablo Iglesias, 17.

## CRONICA FEMENINA

### La invención de los guantes

Es remotísima. Ya en «La Odisea» vemos al anciano Laertes arrancar espinas en vergel llevando guantes de recio cuero en las manos.

Los guantes formaban parte de la indumentaria de los caballeros de la Edad Media y en particular los de hierro en escamas llamados manoplas. En esa misma época los usaban los sacerdotes en las ceremonias de la Iglesia mientras estaban proscritos en los tribunales.

Los guantes de piel o seda para el uso diario son de fecha posterior, aunque no mucho, pues dos siglos más tarde vemos usarlos a las damas casi con la misma profusión de hoy.

En una obra que en el año 1556 escribió el segoviano Andrés Laguna, médico del Papa Julio III, del Emperador Carlos V y de Felipe II, con motivo de haberse hallado en la tristemente famosa «peste de Metz», ciudad que entonces pertenecía al Flandes español, y cuyo libro se titula «Discurso breve sobre la curación y preservación de la peste», entre las precauciones que recomienda, es una de ellas el uso de guantes de piel de gamuza para evitar el contagio, pues como esto sucede por el comercio que las venas y las arterias tienen entre sí, con la transpiración, el más pequeño rasguño puede hacer que el contagio se propague, y solicita del Emperador una pragmática para que se facilite y se exija el uso de los guantes.

Indudablemente que esta precaución de real orden sería la que obligase a las clases pudientes a llevar guantes en todas las ocasiones, pues si bien de diferentes colores y riqueza, vemos los siglos sucesivos. Guantes de ámbar, perfumados, de corte, de caza... y hallamos noticia de varias importantes fábricas de guantes sitas en Segovia, Valladolid, Barcelona, Toledo y Madrid durante el reinado de Felipe III, lo cual corrobora lo que dejamos escrito.

Entre nosotros el color y la forma de los guantes varía hasta lo inconcebible, pero la moda se encarga y se ha encargado siempre de poner en boga una forma y color determinados, según sea el motivo u acto para que se calcen.

Para funciones de gala o actos de etiqueta, el guante masculino debe ser blanco completamente; el de nosotras de colores sobrios en tonalidades de caña y largos hasta el codo o cerca; pero cuidando de no llevarlos completamente estirados, sino formando artísticos pliegues o arrugados.

Creo que no tenemos necesidad de decir que el guante negro es de rigor en ambos sexos

tratándose de visitas de luto. El que llora la pérdida de un ser querido, debe usarlos de piel, pero mate, sin brillo. Nosotras solemos usarlos de seda o hilo escocés en los lutos rigurosos.

Para pasear se usan ahora infinidad de guantes más o menos claros, con bordados en la parte superior; para teatro guantes crema con adornos negros. Esto es lo que respecta a nosotras. Los caballeros, excepto cuando visten de frac, que los usan muy claros, suelen acoger el color de moda, pero eligiéndolos largos y holgados sin exageración.

Es de rigor tener puestos los guantes durante las visitas de cumplido, bailes y recepciones. Y se usan durante todo el año como complemento elegante indispensable de nuestra indumentaria. MISS ANY

## EN EL TOCADOR

### EL CUIDADO DEL CUTIS

Para conservar y blanquear el cutis se emplea la siguiente fórmula de fabricación casera: Glicerolado de almidón, 200 gramos; bicarbonato de sosa, 1 gramo; tintura de almizcle, XV gotas; esencia de rosas, 1 gota.

Se mezcla todo perfectamente, agítandolo sin cesar; luego se le deja serenar una noche y queda en disposición de usarse.

Para combatir la sequedad de la piel conviene lavarse mañana y noche con agua fría y darse después una aplicación de glicerina, que tonifica la piel. No se debe emplear ningún jabón. También resulta acertado untarse la cara con la pasta siguiente, quitándose a continuación:

Vaselina neutra, 10 gramos; lanolina, 10 gramos; agua destilada, 5 gramos; óxido de zinc, 3 gramos; esencia de espiago, 5 gotas.

Con todo esto y un poco de paciencia, se llega a lograr un perfecto aterciopelado.

Para preservarse de las pecas, ofrecemos la siguiente crema bastante buena, siempre que se aplique con la debida constancia:

Vaselina, 24 gramos; lanolina, 10 gramos; clorhidrato de quinina, 120 gramos; agua destilada de Hamamelis, 24 gramos.

Y a continuación se aplican los siguientes polvos:

Caolín, 100 gramos; tierra siena, 50 centigramos; sulfato de quinina básico, 6 gramos; esencia de jazmín, 15 gotas. Pulverícese y mézclese bien.

Una excelente loción para el cutis, para conservar y mejorar su belleza, la tenemos en el pe-

## FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

### EL HADA ALEGRÍA

—POR—

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(95)

—Lámeme usted, como le plazca, mi querida Marta, en la seguridad de que de cualquier modo ha de serme muy grato mi nombre en esos labios bellísimos—contestóle el joven con un acento tan mordaz, tan lleno de ironía, que puso en guardia a la Baronesa, a pesar de la afectuosa cordialidad de las palabras.

—Y desde cuándo acá tan formal, señor de Fenollar, tan celoso del honor de su raza, tan entregado en cuerpo y alma a esas que usted llama en su libro, nobles tareas de la inteligencia?—insistió socarronamente la dama.

—También ha leído su libro; ese libro dedicado a una mujer que no conozco, pero cuya belleza iluminó las tenebrosidades de su alma, como dice usted en la dedicatoria.

—Precisamente;—aseguró, frío y

hollandando con grácil paso la finísima arena del jardín, en su rítmico caminar voluptuoso.—¿Es así como debo llamarle, con este título, para mí desconocido, con que acaba usted de presentársenos, como hombre serio, dedicado al estudio de la historia y de las letras?

—Lámeme usted, como le plazca, mi querida Marta, en la seguridad de que de cualquier modo ha de serme muy grato mi nombre en esos labios bellísimos—contestóle el joven con un acento tan mordaz, tan lleno de ironía, que puso en guardia a la Baronesa, a pesar de la afectuosa cordialidad de las palabras.

—Y desde cuándo acá tan formal, señor de Fenollar, tan celoso del honor de su raza, tan entregado en cuerpo y alma a esas que usted llama en su libro, nobles tareas de la inteligencia?—insistió socarronamente la dama.

—También ha leído su libro; ese libro dedicado a una mujer que no conozco, pero cuya belleza iluminó las tenebrosidades de su alma, como dice usted en la dedicatoria.

—Precisamente;—aseguró, frío y

dueño de sí mismo, el Conde.—Sus frases de consuelo me animaron en mis horas de angustia. El espectáculo de su vida serena, llena de piadosa conformidad, trajo a la mía algo de aquella calma reconfortante; su alegría sana fué como un bálsamo que aliviaba mis desesperaciones. La fortaleza de su espíritu recto, infundió en el mío una valentía nueva para arrostrar las luchas de la vida con el pensamiento puesto más alto, de las bajas miserias terrenales; y al contacto de aquella vida pura y suave, me sentí avergonzado de mi inacción, de mis vicios, de mis extravíos... ¡Hubiera idealado no sé qué quiméricas locuras para elevarme hasta las alturas de su alma!

Un relámpago de ira, de celos, de rabia, oscureció las hermosas pupilas azules de la Baronesa, pero contentiéndose, comenzó a musitar lentamente, inclinándose más hacia el Conde:

«Sentados bajo los pinos, una tarde templada de invierno, volví hacia mí la hermosa cara de Virgen italiana... Me miró largamente... En sus pupilas negras, suaves, como un terciopelo,

brillaba todo el sol de una primavera meridional...» «¿Por qué consume usted así la vida sin provecho de nadie? ¿Y su inteligencia, esa inteligencia tan clara, tan despierta, tan brillante, que posee usted? ¡Si yo tuviera su inteligencia, no la dejaría embotarse como una arma inútil! Esa mujer divina, como usted la llama, debe ser muy seria.

—Es, al contrario, muy alegre; tanto que todos, en la intimidad, la llamamos el Hada Alegría.

—¡Muy bonito!... muy huevo! Y dígame usted, ¿no serán exagerados los calificativos suyos? ¿Es realmente una divina criatura?—

—Sí, muy hermosa; con una belleza física perfecta; pero, sobre todo, con un alma deslumbrante.

—Y probablemente, usted, que de algún tiempo acá parece haberse convertido en un espiritualista convencido y recalcitrante, será también uno de los deslumbrados?—

—Probablemente, sí...—

—¿Y acaso, uno de los enamorados de esa hermosura... física y moral?—

—Con toda mi alma, encantadora Baronesa.

La faz de la mujer ensombreciase. Su voz tomaba modulaciones roncadas. El Conde, glacial, seguía conversando con una calma perfecta.

—¿Y la ama usted mucho?—

—Mucho. Créame usted, Marta, que este amor me ha revelado, en mí mismo cualidades nuevas que yo no hubiese creído poseer jamás... No me creía tan bueno, ni tan valeroso, ni tan sufrido... ni creía tener en mí razones tales tesoros de afecto puro y honrado, de amor leal, desinteresado; ese amor que está por encima de todas las bajezas que imponen las contingencias y de todas las groseras materialidades del vicio. Algo muy elevado, algo muy grande...—

—¿De veras?—rió la Baronesa.

Ahora resulta, que después de tantos años de creer usted que conjugaba a la perfección el verbo amar, es usted solamente un parvulito... De ese modo, lo que usted y yo creímos sentir uno por otro, no fué amor...—

Esperó la respuesta. Tranquilamente, con la serena audacia del que está decidido a todo, contestó sencillamente el diplomático.

—¿Qué duda cabe? A usted no la

pino. Reunidos con él otros elementos componen la fórmula interesante. Si queréis hacerla, oid el consejo: Poner a hervir dos buenos pepinos previamente cortados en pequeños trocitos. Cuando hayan hervido en el agua por espacio de varios minutos, retirarlos y echarlos sobre un lienzo de muselina, prensándolos fuertemente. El jugo que dé va a otro recipiente. Y entonces a aquél se le añade igual cantidad de agua, dos cucharadas soperas de glicerina, una cucharadita de las de café, de bórax y otro de benjuí.

Y de excelente resultado para las espinillas y granos, que tanto afean el rostro, es una receta que se prepara en esta forma: cuatro gramos de esperma de ballena, cuatro gramos de cera blanca y quince gramos de aceite de almendras dulces; todos estos componentes se echan en un cazo pequeño, y se funde, poniéndolos un momento al baño María; cuando se ha logrado incorporar bien todas estas substancias, se le agregan otros quince gramos de agua de rosas. Se aplica en la cara por la noche y por la mañana para que se calme el ardor de los granos y espinillas, que desaparecen a los pocos días de usarlas. También se aplica en las manos, para librarlas de grietas, sabañones, cortaduras, dando a la piel mucha suavidad, flexibilidad y blanca transparencia.

Si se tiene el cutis delicado, no usemos mortas para empolvase, sino pedacitos de huata, renovándolos con suma frecuencia.

Y si además del cutis delicado, y como consecuencia de esto, tenemos el cabello escaso, reafirmemos las raíces del pelo suavemente cada noche al acostarnos con el siguiente líquido: Aceite de oliva y alcohol de romarín mezclados en partes iguales con unas gotas de aceite de nuez moscada. Si la enfermedad y debilidad del cutis cabelludo es causa de la pérdida del pelo, tísese en lugar de dicho líquido un poco de cognac tres veces a la semana, cuatro en el verano, y los días alternos un poco de grasa. En este último caso, no de je de tomar también un buen tónico que le prescribirá su doctor.

Y, por último, ¿queréis saber si vuestras proporciones físicas son las que requiere la moda actual? Una mujer lta de un metro cincuenta, debe medir setenta y cinco centímetros por el busto; el talle debe tener veinte centímetros menos que el busto y las caderas cinco centímetros más que el talle.

### Canto a Castilla

por JUAN JOSE LLOVET

Castilla, madre Castilla, a los extraños extraña; enorme rosa amarilla abierta en medio de España!

Caserón de mis mayores, flor de sol y de contienda, retablo de mis amores y solar de la leyenda!

Tierra de las verdes lomas y las montañas audaces, de las candidas palomas y las águilas rapaces!

Jardín de rosas añejas, que aromas de amor exhalas dando báculo a las viejas y júbilo a las zagalas!

Matriz pujante y piadosa de guerreros y de ascetas, que abriste en tu suelo fosa al cuerpo de tus poetas!

Tambores del Romancero, esquilas de Garcilaso, ¡sobre un peñascal grajero la dulzura de un oasis!

Castilla, madre Castilla, la del pan dulce y moreno, y el alma pura y sencilla, y el cielo puro y sereno!

¡Hoy que llevo a tu reposo tan doliente y malherido, igual que un perro rabioso acosado y perseguido!

Hoy que sé lo que tu vales por lo que sé de esas tierras que no tienen recatales ni pastores en sus sierras, quiero lamentar tu ocaso y enaltecer tu destino, alzando por tí mi vaso de «bon vino»

Castilla, ¡qué grande fuiste, en un tiempo ya pasado sobre todo lo que existe flotara el pendón morado!

Amaba el sol la brava calor de tu piel morena, y hecho trigo te envolvía como en un manto de reinal!

¡Era entonces cuando un loco llenaba con su locura todo lo mucho y lo poco y el hueco de una armadura!

¡Era en el tiempo divino en que todo galeote, en medio de su camino se encontraba a Don Quijote!

¡Y era en la edad dorada de los nobles caballeros, que, desfilando la espada, cenaban con los cabreros!

¡Era entonces cuando había amor en los corazones; en las almas, hidalguía, y fuego en las ilusiones!

¡Y sobre los mares anchos carabelas legendarias, y gobernadores Sanchos en insublas Baratarias!

¡Pero hoy es negra tu historia; está tu pendón caído, y el águila de tu gloria se pudre sobre su nido!

¿Dónde están tus alazanes y tus roncros gritos fieros de tus bravos capitanes y tus rudos mesnaderos?

¡Tu qué poco te has quedado! ¡Se fueron tus poderíos a los mares del pasado con las aguas de tus ríos!

¡Todo porque en Barcelona vencieron al caballero que recogió en su tizona las luces del mundo entero!

¡Y aquel loco omnipotente, que hizo tu gloria más ancha, murió cuerda y vulgarmente en un lugar de la Mancha!

¡Más tu renacer empieza; serás Castilla otra vez, y tornará tu grandeza cuando Sancho sea juez!

¡Volverán días lejanos cuando cualquier galeote tome en sus callosas manos la lanza de Don Quijote!

¡Y desfilando la espada retornen los caballeros a llegarse a la majada por cenar con los cabreros!

¡Retornará tu pasado! ¡Serás la misma que fuiste! ¡Flotará el pendón morado sobre todo lo que existe!

### PENSAMIENTOS

¿Quieres gozar de los placeres que proporciona una vida doméstica llena de tranquilidad y armonía? Escoge una mujer que te sea proporcionada de modo que no tengas el trabajo de elevarla hasta tí ni el de bajarte a ella. —PTÁGORAS

¿Preguntas que es amor? Es un abismo, mal y bien, esperanza y desaliento, antídoto y veneno a tiempo mismo, odio y pasión, deleite y sufrimiento.

Cierra el joyero, ¡nés, ponte una rosa, que una bella está bien con cualquier cosa. En materia de flores y de amores estoy por los amores y las flores.

A fuerza de burlar y ser burlado, se adquiere este secreto; que el hombre es un perfecto condenado y la mujer un ángel incompleto.

CAMPOAMOR

### HUMOR GASTRONÓMICO

Para poderse entender fácilmente con los manes, un concejal madrileño que fué, a un Congreso de Limpieza de Ciudades, se mercó un librito de esos que tienen preguntas y respuestas aplicables a todos los casos. En resumen, se le ta céntimos de lengua de Goethe, comprimida. En posesión de su panacea, entró en un restaurante de Frankfurt, después de haber buscado previamente y señalado las palabritas que se seaba pronunciar, y que eran las siguientes: —Was haben sie zu essen? (¿Qué tienen ustedes para cenar?)

Pero quiso su perra suerte que se confundiese de página, y ante el asombro del camarero, le espetó la siguiente frasecita: —Gefallt Ihnen diese grüne Wiese? (¿Le gusta a usted esta verde pradera?)

C. D. A.

### EN EL TOCADOR

PARA REFRESCAR EL AGUA

El procedimiento corriente es cubrir la vasija en que se tiene el agua o cualquier otra bebida, sea el recipiente de barro o de cristal, con un trozo de tela muy delgada, bien empapada en agua. En efecto, se consigue de este modo que el agua se refresque, y más aún si se pone la vasija en sitio que corra el aire; pero es mucho más eficaz y se logra que las bebidas se refresquen mucho más si al agua en que se empapa la tela con que se envuelve la vasija se le pone una buena cantidad de sal de cocina.

PARA SABER SI EL ALCOHOL ES PURO

En una cuchara se pone un poco de pólvora de caza y se cubre con el alcohol que se quiere probar, encendiendo éste. Si cuando el alcohol se consume la pólvora se inflama, es que el alcohol es puro; si no se inflama, es que el alcohol tiene agua.

ALCANFOR EN POLVO

En una cantidad de alcohol igual a vez y media en peso del alcanfor que se quiera obtener en polvo, póngase éste, añadiendo cuatro partes de agua, y después de recogido, se lava y se pone a secar el precipitado. De este modo se evitará que se aglomere nuevamente.

### DE COCINA

FLAN DE COLES

Quitadas las hojas inútiles y partidas en trozos pequeños, se rebogan en aceite muy caliente, hasta dorarse, cuidando de moverlas para que no se agarren.

Se las pasa a otra cacerola y se cuecen en caldo, poniéndolas un poco de jamón y dejándolas después en un plato, colando el caldo.

En la sopera en que habrá de servirse se prepara un lecho de rebanadas de pan; encima se pone una capa de col, y así sucesivamente varias con el jamón picado y distribuido en todas ellas, dejando para la última una de verdura.

Sobre ellos se va echando el caldo necesario para que se empepe sin que sobre.

Después se pone la cacerola en el horno, y cuando se vea el pan tostado, está en disposición de servirse.

Imp. de M. Síntes Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.-Mahón

llevó a realizar ningún acto de abnegación, de sacrificio, de desprendimiento, ni siquiera de piedad, con respecto a aquel a quien creía amar... A mí, ya lo ve usted, me ha bastado con unos meses de ausencia para olvidarla. ¡Menguado amor! ¿No es cierto? Ante el insulto que creía ver en estas frases y que en realidad no eran sino una censura muy merecida, tornóse livida la cara encantadora de Marta de Foinyer.

### XXVI Las alas de oro de la dicha

¿Qué impresión nueva has sacado de tu entrevista con la Baronesa de Foinyer?—pregunta el príncipe Romanieff, acodado en la balaustrada de la frucción. —La de una completa indiferencia contestó Fernando Cortezo resueltamente. — Estoy acorazado con el amor de Gloria. Hasta he llegado a preguntarme, cómo he podido realizar por ella tantas locuras... —Eso pertenece al pasado y lo que ahora nos interesa es el presente. —¿Qué quieres decir? —¿Cuándo sales para Fenollar? —Por la fisonomía del joven pasó una ligera ráfaga de emoción. —¿Crees que debo ir ya? Desde luego... ¡Después de la última carta de Gloria en la cual te da las gracias por tu libro y te participa la ruptura de sus relaciones con Ardienta, ¿a qué esperas? —¡Tengo miedo! — murmuró bajito el Conde.

—¡Miedo sí! Esas son las pruebas más claras de que sientes un amor real. Pero ya es hora de vencerlas. —¿Y si no me amase? —Si no te ama ya, poco debe faltarte. ¿Y para qué quieres tu figura, tus condiciones, tu talento, la misma intensidad de tu pasión, si no logras enamorarla? —¿Tú crees...? ¿Crees que me amaré? —La ansiedad de Fernando, casi infantil, hizo reír a carcajadas al ruso. —No te burles, Pedro! —No, no me burlo. Llamo a Blondin y dile que prepare para mañana tus maletas... ¡Ah! y cuenta con mi padre para la boda. \* \* \* —Llegaré mañana en el expreso... Así decía el telegrama firmado por el señor de Fenollar, fechado en Madrid, que se agitaba levemente entre las manos temblorosas de Alfonso Róspide. Sus ojos, empañados por un vaho de emoción, vagaron por el suntuoso despacho y se detuvieron enternecidos sobre una linda cabeza de estudio, donde la firma de Sorolla avaloraba la regia hermosura de su hija.

—¡Ya es un hecho!... — murmuró suspirando. — Que la felicidad siga presidiendo el suave deslizarse de tu vida: que el conde de Fenollar te traiga, con un nombre ilustre, ese gran amor que su madre me dió a mí... Única razón que disculpa las locuras, del mundo, única fuerza que nos ayuda a vivir. Díos me es testigo de que he procurado rodear tu vida de todo cariño, de toda dicha, de toda dulzura... ¡Así, el hombre que mañana vendrá a decirte que te ama, sepa rodearte del mismo grande amor con que yo he querido criarle, hija mía, mi hermosa, mi noble Gloria! Su mirada se hundió en la nobleza armónica del cuadro, bebiendo, si así puede decirse, la pureza exquisita de aquel rostro, la noble austeridad de aquella frente por donde nunca cruzaron bajos pensamientos, la curva casta y bella de los rojos labios jamás manchados por las palabras indignas. La había educado su abuela con exquisito cuidado y él seguro de que aquella misión educativa quedaba en buena salvaguardia, hablase lanzado al estudio, al trabajo, para poder con-

quistar a la pobre niña sin madre un nombre distinguido, una fortuna espléndida. En sus frecuentes visitas a casa de su suegra, luego en las temporadas que la niña pasó en Fenollar, también coadyuvó a la obra de formación y cultivo con enseñanzas sanas, con ejemplos buenos; y así lograron entre la abuela y él, moldear aquella hermosa alma, inculcar ideas serias en aquel cerebro equilibrado... Reunió toda su vida en un instante: de nada tenía que reprocharse. Primero viudo y después casado con una noble mujer que amó a la niña lealmente, había cumplido sus deberes de padre. Estaba tranquilo pero no podía evitar que una melancolía punzante le envolviese. —¿Cómo la amaría Fernando Cortezo? Tenía motivos para creer que con toda su alma. ¡Ojalá fuese así! Por su parte, el Conde, sentíase ansioso, víctima de una emoción indefinible y nueva que no acertaba a calificar... Había invertido la vida. De jovencuelo, el mundo, al arrastrarle indefenso en su corriente, habíale dado a saborear el amargor de los frutos prohibidos, el aroma enervante del